Lectores navegantes

Por: Lara Brailovsky

Evidentemente, hay dos tipos de lectores. Primero están los lectores (como la mayoría) los cuales podrías ser vos, él, ella, un vecino o un compañero. Son esos lectores que leen. Si, extraño ¿No? Leen las palabras, las letras, y se imaginan lo que el autor les está intentando transmitir. Después está el otro tipo de lector. Éste no lee. Suena raro, pero no lee. ¿Recuerdan que dije que el otro “lee las palabras”? Bueno, éste no lee las palabras; las bucea. Se sumerge en el texto. Toma carrera desde la orilla, salta con las manos en punta, y se tira sin pensarlo dos veces. Navega entre el océano de letras, e investiga la lectura mientras nada, como si fueran diferentes y hermosos peces de colores que nadan en un mar transparente (he aquí otro dilema, pero lo contaré más tarde, háganme acordar). La diferencia con nadar es que realmente no son peces, son letras, y cuando piense que ése conjunto de letras lo están a punto de lastimar, se permite lastimarse, porque en cierto modo ama que lo lastimen. Así es nuestro masoquismo como lectores. Y las letras-pez que ame, que piense que son tan perfectas, no podría sacarlas de su hábitat natural, el libro-océano; pero, a diferencia de un océano de verdad, puede subrayarlo, o marcarlo. "El agua no permite ser doblada, por leyes físicas obvias": Eso es mentira. No dejes que te engañen. Volviendo a lo anterior, además de dos tipos de lectores (el lector que lee y el lector que navega) hay dos tipos de escritores. Están los escritores ideales para los lectores que leen, escriben palabras. Escriben las palabras que los lectores leen (y no nadan). Y claro que sí, es una manera válida de escribir (y la mayoría de los escritores son así), pero no son ideales para los lectores navegantes, ya que su océano no es transparente, sino borroso y marrón, y no le permite al navegante bucear con facilidad. En cambio, los otros escritores son mis favoritos; escriben su océano cristalino, y les entregan el equipo de buceo en la mano a sus lectores (que el lector lo sepa aprovechar o no, depende de qué tipo de lector sea). Es más, me atrevo a decir, que hasta algunos le toman la mano al lector navegante, y saltan con él. Bucean juntos, y lo ayuda a encontrar peces que se esconden tras las piedras. Juraría que esos escritores de aguas cristalinas, a medida que escriben, de la punta del bolígrafo se va evaporando en el aire, como un humo sutil e invisible, un pequeño hilo de mar. Aunque no crean que ser un escritor de aguas turbias está mal: Está bien siempre y cuando también tomes de la mano al lector y le ayudes a hurgar entre las algas marinas, las palabras que el lector necesita leer, o mejor dicho, navegar.